



**GOLA BOOKS**

---

Narrativa extranjera

**3-0**

Charles  
hat trick







**GOLA BOOKS**

---

presenta



**3-0**

Charles  
hat trick



3-0 Charles hat trick

0-0

Mi padre me ha dicho: “Tu abuelo es del Eibar, yo soy del Eibar y TÚ eres del Eibar”.

Paso.

No soy del Eibar ni de ningún otro equipo.  
Le tengo manía al fútbol.

El mejor partido que he jugado nunca fue hace 25 años en las campas de Salburua, un enorme terreno situado en tierra de nadie, junto al aeropuerto de Foronda, a las afueras de Vitoria. Tenía 11 años. Mis padres se juntaban con otros padres que a su vez tenían hijos de mi edad. También recuerdo que por entonces sonaba, con el botón del repeat pulsado adrede por un dj sin escrúpulos, la música de un grupo llamado Sorotan Bele. El grupo de moda por aquellos días en Euskadi.

Y, sobre todo, recuerdo un BALÓN.

El balón era de un niño que comía un bocadillo de tortilla de patata con una mano y que con la otra sujetaba, muy celosamente, un Adidas Etrusco. No despegaba los ojos de él. Era mi balón favorito, el de Italia 90. Resulta que el chaval formaba parte del corro de amigos de mis padres y

los hijos de aquella cuadrilla terminamos montando una pachanga. Nos juntamos un total de 12 jugadores. Nos alejamos dispuestos a ocupar uno de los laterales. En los márgenes del parque el murmullo machacón del gentío se había diluido. Difícilmente podías distinguir si lo que salía de los megáfonos era Sorotan Bele, Olé-Olé o Phil Collins. Teníamos un balón, pero aún no teníamos un campo de fútbol.

Nos pusimos manos a la obra. A ojo, delimitamos las dimensiones del terreno de juego. Arrastramos nuestros pies por el suelo y dibujamos una raya imperfecta. Nos quedó un rectángulo beodo de unos 40 metros de largo y 20 de ancho que no hubiera pasado el control de alcoholemia más laxo del mundo. También a ojo, nos inventamos unas porterías que en lugar de postes tenían montoncitos irregulares de mochilas escolares.

Me río yo de la curvatura de las paredes del Guggenheim. En cinco minutos teníamos nuestro campo de fútbol con hierba natural y unas medidas que, al menos para nosotros, eran reglamentarias. Tardamos otros cinco minutos en organizar el partidillo. Fue muy rápido. Lo echamos a suertes: quién jugaba con quién, la elección de los capitanes, a quién le tocaba ser el portero, en qué lado se ponía cada equipo, las demarcaciones...

A mí me tocó jugar de delantero. Y lo bordé.

Hacía un calor de muerte y los rayos de sol, despiadados, te daban hasta en el carnet de identidad. Nadie apostaba un duro por mí. Y no me extraña. Llevaba unos bañadores azules Meyba pasados de moda –mi madre pensó que era buena idea entrar en los 90 con ropa de los 80–, una camiseta de rayas multicolor y unas zapatillas de deporte con

unos calcetines blancos que me llegaban hasta las rodillas. Mi madre pensó que ir de payaso era buena idea y, qué cosas, se estaba adelantado 25 años a la moda hípter.

En teoría, jugábamos con un sistema pulcro y ordenado de 2-2-1. Al ser el jugador más adelantado de mi equipo –vale, y como no tenía la más remota idea de chutar un balón– decidí que iba a quedarme deambulando por el área contraria. Mi táctica consistía en convertirme en la pesadilla del portero rival, encomendarme al grito de guerra del Llanero Solitario –“¡Hi-yo Silver!”– y cumplir una misión: cuando llegase el esférico a su órbita, tenía que estorbarle lo máximo posible para dificultar el despeje. En una de esas metería la punta de la zapatilla y, ¡PLAS!, acabaría arrebatándole el balón Etrusco. Al estar

tan cerca de la portería marcar un gol sería pan comido, incluso para un zoquete como yo. Un paseo triunfal hasta la torre Pisa de mochilas. El gol del siglo.

El partido empezó mal. Era un ping-pong absurdo entre una docena de críos revoltosos. No dábamos una. Tuya, mía, tuya, mía, fuera, zapatazo al sol, fuera otra vez. Entre el sofocante calor y nuestro estilo de juego suicida nos estábamos mareando. A nuestro lado, los partidos de patio de recreo establecen la piedra filosofal del fútbol total. Yo me dediqué a trotar alrededor del área rival, más que nada, por ser fiel a mis principios de cowboy. Se formaban continuas estampidas que a su vez se convertían en melés de rugby, tornados diminutos que se desplazaban a un ritmo desesperadamente lento, sin una dirección concreta. Mi oportunidad no tardó en llegar.

El balón salió rebotado como en una partida de pinball, cayó al borde del área pequeña, la toqué blandita y pasó por debajo de las piernas del portero. Gol de pillo. Sin tregua, al minuto siguiente, aproveché que el portero se estaba atando los cordones para rematar plácidamente a puerta vacía. Gol de pillo II. Estaba de dulce. Tenía duende. Vaya si lo tenía. Más tarde, un balón salió catapultado al cielo y en su trayecto de vuelta al campo aterrizó en la coronilla de mi cabeza un suspiro antes de que llegasen los puños del portero. No tardó en cruzar la línea de gol.

Tres tiros y tres goles. El primer y último hat-trick de mi vida.

En el colegio jugué muchos partidos más, pero ninguno como ese. Mi táctica había caducado o directamente no funcionaba, que sé yo. El entrenador se hartó de verme

corretear en círculos amenazantes y me mandó al banquillo. Fue mi purgatorio. Chupé banquillo toda la temporada. Salía en los minutos de la basura y mis compañeros nunca me pasaban el balón. Me sentía humillado. Al año de mi portentosa demostración en Salburua, había perdido la ilusión por completo. Abandoné el fútbol. Nadie notó mi salida del equipo. Nadie me llamó para que volviera. Nadie me dijo nada.

Supongo que ahora entenderéis por qué le tengo manía al fútbol.

Mientras pienso en todo esto, mi padre me interrumpe:

–“Tu abuelo es del Eibar, yo soy del Eibar y TÚ eres del Eibar”.

–Lo que tú digas.

### 3-0 Charles hat trick

Sábado, 10 de marzo de 2018, jornada 28, los dos estamos sentados en la tribuna baja de Ipurua. En la jugada siguiente Charles Dias de Oliveira, delantero del Eibar, marca el primer gol del partido.



# 1-0

El gol ha sido más o menos así. Minuto 20 y 5 segundos de partido. Acelera Orellana en la zona de tres cuartos. Abre el balón al costado izquierdo para que lo recoja José Ángel, que vuela por la banda. Ya lo tiene. Ralentiza la carrera, acaricia la pelota y se frena en seco un segundo, puede que menos. Reta al defensa. Amaga con un regate. Vuelve a esprintar, esta vez se dirige a la línea de fondo. Va como una moto. Otea el horizonte. Sigue corriendo. Levanta la cabeza y otea el horizonte de nuevo. Ups, no hay nadie del Eibar espe-

rando un centro. No puede parar. Tiene a un jugador encima. Es muy plasta. Está a punto de recibir un placaje. No puede colgar el balón. No tiene espacio. Imposible. Como mucho saca un córner. Lo que sea. Haz algo. Ya.

¡Fium! Su golpeo sale limpio, diáfano, y llega al segundo palo. Dibuja un arco iris perfecto que colorea el fondo sur y se refleja en todo el estadio. Charles, que estaba escondido entre los defensas rivales, el más listo de su clase, aparece de imprevisto. Charles es ahora Napoleón Bonaparte en la batalla de Austerlitz. El amo de la barraca. Su estrategia se basa en una artillería letal, centrada en un solo punto, en este caso la red de la portería contraria, que debe perforar, arrasar y humillar, además de meterle el cuerpo en el miedo a los jugadores enemigos y abrir,

de este modo, un boquete irreparable en su estado de ánimo. Así que Charles Dias AKA Bonaparte fija los pies en el césped, coge impulso y despega con la energía de un cohete. Salta más que nadie, se eleva al cielo de Ipurua, y suspendido en el aire clava un testarazo por el poste contrario, lo que pilla al portero a contrapié. Gol marca de la casa. Golazo marca de la casa. Golazo, golazo. 1-0.

Mi padre grita gol. El estadio entero grita gol. A nuestro lado, dos señores futboleros que tienen pinta de abrazarse solo en el fútbol, se dan un fuerte achuchón. Miles de puños levantados redecoran el estadio. En plena celebración colectiva mi padre me mira de reajo para ver si muevo un músculo, si sonrío o reacciono de alguna manera. Le devuelvo la mirada y se me pone la piel de gallina.

A mí.

En un campo de fútbol. Viendo el Eibar en Ipurua.

Siento que me gustaría tararearle la estrofa de la canción de Los Planetas donde Jota canta aquello de “ha sido un gol realmente increíble” y en la que, por primera vez en su vida, y sin que sirva de precedente, se le entiende lo que dice.

Pero no me sale.

Me gustaría decirle tantas cosas, gritar, saltar, abrazar y llorar de emoción, que tengo la mente cortocircuitada. Estoy en pleno shock futbolístico. Vuelvo a mirar al campo y mis ojos de rey destronado no dan crédito a lo que están viendo.

3-0 Charles hat trick



## 2-0

En el minuto 21 y 36 segundos de partido, cuando todavía estamos asimilando el primer gol del Eibar –menudo gol– llega el segundo. Otra vez Charles. Otra vez de cabeza. Y otra vez con una internada veloz de José Ángel por la banda izquierda. Los mismos protagonistas han fabricado una jugada idéntica que ha vuelto a dejar pasmado al portero. Los defensas se llevan las manos a la cabeza, los aficionados visitantes se frotan los ojos. Charles ha vuelto a ejecutar el mismo plan, el mismo movimiento de aquí–estoy–yo–jugando–al–

despiste, el mismo salto de superhéroe, el testarazo a contrapié, el misil socavando la red, y todo es tan irreal que le digo a mi padre si no estarán echando el primer gol repetido por la tele mientras, ahora sí, le doy un abrazo, descontrolado, dando botes desbordado de la emoción.

Qué bombazo de adrenalina. Le suelto a mi padre que hay que hacerle un monumento a Charles o dedicarle una calle –una bonita y grande, por supuesto– o, mejor aún, ponerle una txapela y sacarlo del estadio en un descapotable y pasearlo como si fuese Míster Eibar. Me he venido arriba. He decidido que ha llegado la hora de hablar de lo que me pasó en Salburua.

No sé muy bien cómo, pero debería empezar por contarle que jugué un partidillo celestial mientras la ama y él estaban con sus amigos. Le describiría mi táctica de

delantero extraviado que, juntando correctamente todas las piezas, puede llegar a ser letal. Fue un día irrepetible, aita. Sacaba conejos de la chistera. Todo el rato. Me hacía el longuis: desaparecía de la escena principal hasta que acechaba el peligro. En el momento preciso, más o menos como cuando el arco iris de José Ángel pinta el cielo, montaba en mi caballo, que galopaba a la velocidad de la luz, y dejaba una nube de polvo en el camino. ¿Visualizas al Llano Solitario aullando Hi–yo Silver? Pues, eso. Con ese aullido abría un hueco, me lo inventaba, y chutaba a gol como los delanteros de raza. Un 9 puro.

–Sin más, aita, que ese día fui el rey del mambo con unos calzones Meyba.



# Descanso

Se acaba la primera parte. Estamos realmente animados, hasta parlanchines. Le paso el bocadillo de tortilla que nos hemos comprado en un bar, le damos varios mordiscos y hablamos del partidazo que se está cascando Charles:

–Tiene todo el derecho a comportarse como un divo–, me dice.

–Ha marcado dos goles soberbios, eso no se lo discute nadie.

–Ha sido el mejor.

–El mejor de largo, aita.

–Pero está hecho de otra pasta–, matiza.

–Baja a defender cuando el equipo contrario aprieta, corre a presionar las salidas de balón de los defensas...

–... Está atento a las coberturas, no deja a nadie tirado y echa una mano a los suyos. Es lo que se dice un buen compañero, un currela.

–Se veía venir–, digo yo.

Y tanto.

El 5 de julio del año pasado, en la presentación como nuevo jugador de la Sociedad Deportiva Eibar, el delantero de Belém, de 33 años, no prometió goles, sino “trabajo y dedicación”.

En la sala de prensa de Ipurua, delante de los medios de comunicación, Charles Dias afirmó lo siguiente: “Cuando llego a los equipos, no prometo goles. Sé que si hago un buen trabajo llegarán los goles, pero es algo que no puedo asegurar al 100%. Prometo dedicación, buen trabajo y ayuda para el equipo”.

Y dijo otra cosa más: “Vengo con la ilusión de un chaval de 20 años”.



# 3-0

El tercer gol también lo marca Charles, pero eso lo podréis ver en los telediarios. Tan solo diré que ha sido un disparo raso desde fuera del área que ha entrado peinando el poste izquierdo. Un chicharro. Cuando el árbitro ha pitado el final, el marcador muestra un rotundo 3-0. Ipurua revienta. Parejas de desconocidos se fusionan entre sí y se apiñan unos encima de otros creando gigantescas hamburguesas humanas. El equipo da una vuelta de honor. Antes de que finalice el baño de masas, Charles se escapa del grupo, escala una grada y

sacude los dos brazos con fuerza. Hoy se ha forjado una leyenda y eso es algo que también contarán los telediaros.

Bien pensado, lo de menos es que haya marcado tres goles. Importan otras cosas mucho más valiosas. Importa no prometer goles y ponerse a trabajar, trabajar muy duro, para que algún día puedas sellar un hat-trick en el partido más importante del año. Importa la conexión absoluta que se crea entre el público y el jugador.

Para mí, la expresión de la máxima felicidad sería algo así: ser tan coreado por tu equipo como aplaudido por los rivales. Ser Charles Dias, un veterano obrero con la fresca mirada de un debutante. Jugar una pachanga cuando tienes 11 años y descubrir un mundo maravilloso.

Tras haberle dado un fuerte abrazo a mi padre –qué bien saben los abrazos de señores en un campo de fútbol–, me he venido a casa a toda velocidad. Estoy ansioso. He puesto mi habitación patas arriba: guardo los famosos calzones Meyba por algún lado y no los encuentro. Enciendo el ordenador. Le doy pequeños golpes al teclado –tap, tap– para que Windows se inicie rápidamente: otra táctica infalible. Ya no estoy enfadado, ni le tengo manía al fútbol, ni me pasa nada de lo que he contado al principio. Voy a hacerme socio del Eibar y lo quiero hacer ya.









**GOLA BOOKS**

Colección

**1-0**

en el 90 de penalti

*Suspense*

**2-0**

y Navas de portero

*Poesía*

**3-0**

Charles hat trick

*Narrativa extranjera*

**7-0**

y otros relatos fantásticos

*Ciencia ficción*





